

*dit que j'étois trop vif et que je ne vaudrois jamais rien pour exercer leur talent. Je suis fâché, madame, que vous ne vous en soyez pas aperçu comme eux.* Quedó así castigada y corrida la ofensora y victorioso el ofendido. Esto prueba la viveza y descaro de la persona de quien se trata.

Retirado, pues, de Madrid de resultas del lance con Clavijo, pensó formar sobre él una novela, adornada á su modo, en términos que interesase y divirtiese la ligereza de los parisienses, sobre todo de las damas, adornándola á su arbitrio de lances particulares capaces de excitar el *sentiment*, y otras palabras semejantes, cuyo efecto exterior sabía le era necesario para que interesase su obra, y lograr así hacerse conocer ventajosamente en el público. Efectivamente, logró lo que deseaba, y á esta primera novela se siguieron después otros escritos, á que la gracia y ligereza de su pluma dieron todo el crédito que le era necesario, y á que únicamente aspiraba con ellos.

Empezó por este medio á ganar mucho dinero, que empleó después en hacer especulaciones en las Colonias de América, aumentando así su caudal. Pudo también introducirse y lograr protección en Palacio, con motivo de enseñar á tocar el arpa á Mad. Adelaïde, tía del Rey, y para que se vea la osadía y atrevimiento de este mozo, conviene referir el hecho siguiente. Un

día que, queriendo esta Princesa gratificarle, le dió una caja en que estaba su retrato, tuvo la imprudencia de decirle: *Il ne manque ici que le portrait du maître*, lo cual indignó, como era debido, á esta Princesa. Logró, pues, por medio de su caudal y protección, pasar á América con la comisión secreta que arriba se ha dicho. Se formó así una renta pingüe, é hizo una gran casa y jardín enfrente de la Bastilla, que le ha costado más de 500.000 libras, y encima de la cual ha puesto últimamente, para mayor seguridad, porque temía la insultasen: *L'an premier de la liberté*, inscripción que hace ver su patriotismo, que cuando es útil adopta, como adoptaría lo contrario por poco que le conviniese.

Como su único fin era hacer su fortuna, le era indiferente el que, por conseguirla, se empeñase la Francia en una guerra que le costó un millar y 400 millones de libras (esto es, dos millares y 600 millones de reales de vellón), y que esta deuda y los principios de independencia que aprendieron allí los franceses haya sido el origen inmediato de su actual revolución y de los males que de ella resulten á la Francia.

A la verdad, que siempre que paso por dicha casa de Beaumarchais, me estremezco al considerar los efectos que trae consigo la ambición de un particular mal dirigida; y si este efecto produce en mí dicha casa, sin ser francés, no

extrañaría la quemase uno que lo fuese, y que, arrebatado de su patriotismo, se dejase llevar de las ideas que éste podría inspirarle; pero le salva lo poco que son los que reflexionan y profundizan las cosas.

En este mismo año de 74 pasó de América á París el famoso Franklin, que fué el principal motor y director de la conducta de su patria. Había empezado éste por trabajar en una imprenta, y adquirido por este medio el gusto del estudio, hizo grandes progresos en la física, y adquirió en ella y en el arte de gobernar un concepto que (con justicia ó sin ella en esta última parte, de lo cual prescindo) inmortalizará su memoria.

El entusiasmo con que hemos visto se miraban en Francia los asuntos de América, aumentó aún más con la llegada de Franklin, é hicieron con él las mayores demostraciones, teniéndose por dichas las damas más lindas, jóvenes y petimetras, el día que le tenían á su lado ó que les hacía alguna distinción.

Con tales principios, era difícil no consiguiese en breve su intento, y así se firmaron los preliminares del Tratado con la Francia en 17 de Septiembre de 77, concluyéndose éste enteramente en 26 de Febrero de 78.

En este año continuó la guerra en América, y los americanos tuvieron, entre otras ventajas,

la de ganar la batalla de Monmouth, en cuya victoria tuvo la mayor parte el caballero Tomás Mauduit, mi amigo, que, haciendo pasar seis cañones por un terreno fangoso que los enemigos creían impenetrable, los tomó por el flanco, obligando á los ingleses á retirarse precipitadamente. Este oficial hizo distinguidos servicios en la guerra de América, y posteriormente en esta revolución de la isla de Santo Domingo. En premio de ellas le habían dado el regimiento de infantería de Puerto Príncipe, cuyos soldados, después de haberle amado como padre, le asesinaron el día 4 de Marzo de este año de 91, seducidos y engañados por un partido de facciosos, de que ha sido la víctima, como puede verse más por menor en el extracto que he escrito de su vida, haciéndole imprimir con su retrato.

Hállase de ello un testimonio auténtico en la página 36 del tomo 11 de *L'Histoire impartiale des évènements militaires et politiques de la dernière guerre*, citado más arriba.

El Doctor B. Rusb dice, entre otras cosas, en una carta, hablando del caballero de Mauduit lo que se hallará en la nota 21.<sup>a</sup>

Concluído ya, como hemos visto, el Tratado de alianza entre los franceses y americanos, y reconocida por aquéllos su independendencia, era preciso obrasen aquéllos con arreglo á él.

El carácter francés es naturalmente ligero, inquieto, ambicioso y dominante, y el día de hoy es lo mismo que lo definía César cuando decía de ellos: *Nimum feroces ut liberi sint; nimum superbi ut serviant*. Son muy pocos los individuos que no lo acrediten así, aun en los países extranjeros, queriendo dar en ellos el tono y la ley; y esto, los mismos infelices peluqueros y artistas, que se ven obligados á salir para buscar su subsistencia. Así me lo dijo en una ocasión, hablando de esto, mi tía la Duquesa de Rohan (que Dios haya): *Nos françois ne vont pas voir les autres pays; ils n'y vont que pour se faire voir*. Por consiguiente, sería difícil que el Gobierno no se resintiese de estas calidades. Cualquiera que lea con reflexión la historia de Francia, verá que ellas han sido la causa de las continuas divisiones y discordias intestinas del reino. Verá también que, sujetos bajo el Gobierno firme del Cardenal de Richelieu, aunque por medio de él y del sistema que estableció se reunió y tranquilizó en su interior la Francia, empezó su Gabinete á ejercitar su predominio é intriga sobre las demás Cortes de la Europa. Autorizábanse á hacerlo por su posición, que decían les obligaba á *prévenir les événemens pour ne pas se voir obligés à être entraînés par eux*. De esto ha resultado que nada se hacía en la Europa en que no tuviesen parte activa, siendo París el centro de

las negociaciones, como lo había sido Roma en el tiempo que los Papas disponían á su arbitrio de los Imperios.

La Francia fué la que sostuvo las revoluciones de Holanda y Portugal contra la España. Ella ha apoyado últimamente la segunda de Holanda en este año de 87, igualmente que la de América, y así, era preciso fuese la primera que reconociese, como lo hizo, su independencia. No es, pues, extraño ni injusto que, habiendo protegido tanto el espíritu de ella, se vea reducida en el día á ser la víctima de sus resultas.

Instruidos los ingleses de la conducta de la Francia, se prepararon á tratarla como enemiga, é hicieron salir una escuadra, compuesta de 25 navíos de línea, á las órdenes del Almirante Keppel. Los franceses armaron á toda prisa la suya en Brest, y su comandante, el Conde de Orvilliers, hizo adelantar algunas fragatas que, cruzando en la Mancha, reconociesen los movimientos de la escuadra enemiga.

Se encontró la inglesa con las dos fragatas francesas la *Licorne* y la *Palas*, sobre las cuales tiraron con bala, pretendiendo debían bajar el pabellón; pero no habiéndolo hecho, y sí respondido con una descarga de fusilería, se vieron forzadas por la escuadra á rendirse, y las condujeron como presas á Portsmouth.

Otra fragata inglesa, llamada la *Aretusa*, se

encontró el 17 de Junio con la francesa llamada la *Belle Poule*, mandada por Mr. Clocheterie. Intimidado éste por el Comandante de la fragata inglesa de venir á presentarse al Comandante de su escuadra, lo rehusó, diciendo que la comisión que tenía no le permitía perder tiempo. Entonces, queriendo el inglés obligarle á ejecutarlo por la fuerza, se empeñó á tiro de pistola un combate el más sangriento, que obligó á la fragata inglesa á retirarse, tan maltratada, que ya no respondía al fuego del enemigo, siéndole imposible á la francesa el perseguirla sin caer en medio de la escuadra inglesa. Esto le obligó á retirarse al puerto de Brest, donde fué recibida con los aplausos debidos al valor y buena conducta de sus jefes y marinería.

Noticioso Keppel de que las fuerzas que se preparaban en Brest eran muy superiores (pues la escuadra francesa se componía de 33 navíos, y la suya sólo de 23), resolvió retirarse á la rada de Santa Elena el día 27 de Junio, habiendo dejado en crucero dos navíos y tres fragatas, que condujeron á Porsmouth dos buques mercantes franceses, con pretexto de llevar cargamento á la América. Estos buques persiguieron á la fragata francesa la *Efigenia*, que, en su retirada, atacó é hizo prisionera á la inglesa la *Libely*.

Este pronto regreso de Keppel excitó mucho disgusto en el pueblo inglés, que culpaba, no al

General, sino al Ministerio, por haber hecho salir la escuadra, exagerando antes la superioridad de sus fuerzas, para obligarles á retirarse vergonzosamente pocos días después por la reconocida inferioridad de ella. Estas hostilidades dieron ocasión, como siempre, de escribir varios papeles, inútiles para comprobar cuál de las dos partes había sido la agresora, lo cual justifican bastante los mismos hechos referidos arriba. Pero aun cuando por ellos parece no queda duda de haber sido los ingleses los agresores, tomando la cosa en su origen, los verdaderos agresores fueron sin duda los que, reconociendo la independencía de unos vasallos rebeldes, y tratando con ellos, fueron los primeros que faltaron directamente á la buena fe y buena inteligencia debida á la Inglaterra, con quien estaban en plena paz.

El día 8 de Julio salió finalmente de Brest la flota francesa, compuesta de 31 navíos de línea, seis fragatas, dos brulotes y dos bastimentos pequeños, y se reforzó luego con un navío y cuatro fragatas. El Almirante Keppel volvió á hacerse á la mar, reforzado ya hasta el número de 30 navíos.

Avistáronse las dos escuadras durante cinco días, en los cuales se separaron de la francesa algunos navíos, y así quedó ésta inferior en número á la inglesa. No obstante esto, habiéndose

empeñado en un combate las dos escuadras el día 27, en la altura de Ouessand, fué éste sumamente reñido, y los ingleses perdieron en él más de 1.500 hombres, y se retiraron, muy maltratados, por la noche, á repararse á Porsmouth, habiendo apagado sus faroles para poderlo ejecutar tranquilamente. Mr. D'Orvilliers conservó el campo de batalla hasta el día siguiente, y se retiró el 29 á Brest á repararse igualmente de lo que había padecido.

Este reñido combate, en que los dos partidos cantaban la victoria (como se ha visto varias veces), no tuvo otra consecuencia que la de reemplazar sangrientamente un Manifiesto tranquilo que autorizase la declaración de guerra con un rompimiento de hecho, en que padeció mucho más la humanidad sin utilidad ninguna. Tanto en Londres como en París fué muy bien recibida la noticia de esta pretendida victoria; pero cuando llegaron posteriores y más verdaderos detalles del programa, se cambió el regocijo en crítica, dolor y sentimiento. El duque de Chartres (hoy de Orleans), que, como voluntario, había ido en la flota, llevó á Versailles este aviso, y fué recibido allí y en París con el mayor entusiasmo en el primer momento. Cesó después éste, mudándose en una opinión bien diferente que hacía poco honor á la conducta personal del Duque de Chartres, á la cual se

atribuía el no haber sido batidos los ingleses. Sea de esto lo que fuese, lo cierto es que se dió al Duque de Chartres el mando general de las tropas ligeras, lo que prueba á lo menos que había dado pocas esperanzas para la carrera marítima, y que no eran mucho mayores las que podían fundarse sobre él para la carrera de tierra, ni para el mando de los ejércitos, á que su nacimiento parecía destinarle. Parece que un premio semejante, después de un combate de mar, era sólo el efecto de la necesidad de acreditar al público, en honor al Duque, que S. M. y la marina reconocían en dicho Príncipe más valor personal que calidades para el mando.

Dicen que acaeció precisamente en aquel tiempo en Londres, entre dos cocheros, en Ludgate-Hill, una de aquellas peleas que se ven frecuentemente en aquella ciudad, y que el público dijo ser un mal remedo del combate de Ouessand. Después de un largo rato de combate, uno de los campeones dió al otro una puñada que le echó en el arroyo. Queriendo entonces sacar partido de su situación, determinó quedarse allí tranquilo descansando. Dijo al otro uno de los espectadores *que por qué no le hacía levantar para continuar la pelea ó confesar que estaba batido*. El que quedó en pie, que también estaba cansado de pelear, respondió *que estaba esperando á que se levantase su compañero para continuar la pelea como hom-*

*bre de bien.* (Es de notar que no es permitido, según las leyes establecidas por estos combates, tocar al que cae en el suelo ínterin no se levanta.) Entretanto, vino la noche, y entonces cada cual se retiró á la taberna más inmediata á contar su victoria. Después de frescos, y de decir que, en estando convalecidos, volverían á medir sus fuerzas, el uno se fué á su casa por el camino más corto, y el otro perdió el camino, sin saber adonde estaba hasta que se vió á la puerta de la suya.

A la verdad que es muy doloroso dar un combate tan sangriento para que lo mejor que resulte de él sea una chanza de esta especie. Con todo, tuvo un efecto directo y favorable para los ingleses, pues habiéndose retirado después de él la flota francesa, pudieron entrar libremente sus navíos mercantes que venían de la India, y cuya carga excedía del valor de millón y medio de libras esterlinas.

Por otra parte, la Francia hizo ver á la Europa que, aun con fuerzas inferiores, no debía temer el presentarse á la marina inglesa.

Luego que, verificado el combate de Ouessand, no quedaba ya duda ni interpretación que dar á las intenciones de la Francia, empezó ya la Corte de Versailles á reclamar abiertamente los socorros estipulados por el Pacto de familia. Acababa de llegar á Madrid como Embajador

de Francia el Conde de Montmorin, que había relevado en ella al Marqués de Ossun, el cual había más de veinte años se hallaba de Embajador cerca del Rey Carlos, á quien había acompañado en calidad de tal desde Nápoles. Como este amable Soberano se aficionaba á las personas que trataba, y que, además de esto, la edad y aspecto respetable de este Embajador prevenía á su favor y agradaba al Rey, le vió S. M. partir con sentimiento, tanto más, que recelaba hubiese en su retiro personalidades é intrigas de la Corte de Francia, diametralmente opuestas á su personal carácter.

El Conde de Montmorin, á quien el Rey de Francia profesaba una particular inclinación por haber sido su menino, tenía entonces poco más de treinta años, y sólo había estado empleado en Alemania en la pequeña Corte de Coblenz, de donde el mismo Rey le sacó para la Embajada de España. Estos antecedentes, y la poca representación exterior de su persona, hicieron que el Rey, que naturalmente no gustaba de ver caras nuevas, hallase dificultad en acostumbrarse á la suya en lugar de la del viejo Ossun, y así tuvo Montmorin un noviciado algo duro, y que hacía más difícil el logro de su principal comisión, que era empeñarnos en la guerra. Había también algo de política de nuestra parte en tratarle con frialdad, para adormecer

más por este medio al Embajador de Inglaterra, Mylord Grantham, y hacerle ver nuestra repugnancia á prestarnos á entrar en guerra contra los ingleses, apoyando la revolución de sus Colonias. Tenía tanta más razón para creerlo, que la separación y el establecimiento de un Imperio independiente en el continente de la América debía ser más dañoso para la España que para ninguna otra potencia de la Europa.

Rehusó, pues, la España cuanto pudo el entrar en esta guerra, y, entre otros argumentos que hizo á la Francia para disuadirla, uno de ellos parece no admitía réplica. Decía, pues: ó las Colonias tienen por sí fuerzas suficientes para separarse de la Inglaterra, ó no. En el primer caso, no necesitan de nuestro socorro, y nosotros podemos evitar el dar á la Inglaterra un justo motivo de queja para lo sucesivo, como lo haríamos declarándonos abiertamente por sus Colonias. Tanto éstas, como la Gran Bretaña, quedarán suficientemente debilitadas después de haber sostenido una guerra, de la cual resultará la separación, á que la Francia aspira. Si, al contrario, la Inglaterra logra sujetar las Colonias, las reconquistará arruinadas, y además de lo que se debilitará ella misma para conseguirlo, en vez de serle de la utilidad de antes, ofendidas por la humillación actual, se exaltarán más, en vez de apagarse, su natural espíritu de

independencia, y serán un objeto de carga y de continua discusión para la Inglaterra, que necesitará mantenerlas en sujeción por una fuerza enteramente contraria á su constitución. De esto deberá resultar indispensablemente un continuo contraste y guerra intestina que los devore y debiliten recíprocamente por mucho tiempo.

Con todo, los franceses tenían tomado su partido, como se ha visto, y habían contado, como siempre, arrastrarnos á él. Todo lo que pudo lograr la Corte de España fué entretener y dilatar la negociación que entabló con la Inglaterra, para dar tiempo á que entrase libre en Cádiz, como efectivamente sucedió, la flota que se esperaba de América.

El Marqués de Almodóvar, á quien yo relevé en la Embajada de Portugal, pasó de ella á la de Londres, para acreditar más las intenciones pacíficas de la España.

Tenía ésta también otro poderoso motivo para retardar su declaración de guerra. Había muerto en aquellas circunstancias en Alemania, sin dejar sucesión, Maximiliano Josef, Elector de Baviera, cuyos Estados debía heredar, como pariente más inmediato, el Elector Palatino. Reconociendo éste desde luego los derechos que el Emperador pretendía tener sobre una gran parte de sus nuevos Estados, contigua á los suyos, hizo con él un pacto á los cuatro días de la

muerte de su predecesor. Celoso, y con razón, el Rey de Prusia de este aumento de poder de su rival, movió secretamente por medio del Coronel Goertz al Duque de Dos Puentes, para que, como inmediato heredero del Palatino, se opusiese abiertamente á dicho pacto y pidiese auxilio á la misma Prusia para sostener sus derechos é impedir el engrandecimiento de la Casa de Austria, en perjuicio del equilibrio del Imperio. Escribió, pues, una carta al Rey de Prusia, que sólo esperaba este título para autorizarse á salir á campaña, como lo hizo, poniéndose á la frente de 100.000 hombres, á que se unieron 20.000 sajones.

El día 5 de Julio entraron los prusianos en Bohemia por dos partes diferentes: la una por Sajonia, á las órdenes del Rey, y la otra por la Silesia, á las órdenes del Gran Príncipe Enrique de Prusia. Fué tal la conducta del respetable y experimentado General Laudon, que mandaba el ejército del Emperador, que, apostado ventajosamente sobre el Elba, le fué preciso al Príncipe Enrique abandonar la Bohemia, sin poder verificar su reunión premeditada con el ejército del Rey de Prusia. Pasóse el verano sin que ocurriese particular acción. Las tropas ligeras hicieron varias incursiones en Sajonia, y Laudon hubiera tomado á Dresde, si las órdenes de la Emperatriz madre, María Teresa, que

sólo aspiraba á la paz, no se lo hubiesen impedido.

Las operaciones militares del invierno sólo se verificaron en el Condado de Glatz, donde el General Wurmser se distinguió contra los prusianos, y asaltó y deshizo en Habelschwerdt el cuerpo que mandaba el Príncipe de Hesse-Philipstad, que se vió precisado á rendirse á los austriacos, dejándoles dueños de la ciudad, almacenes y establecimientos que en ella tenían.

La Francia y la Rusia debían por sus Tratados particulares dar respectivamente socorro al Emperador y á la Prusia. Pero como por una parte no veían resultarles interés directo en la decisión de esta disputa, y por otra la Francia aspiraba á hacer la guerra á la Inglaterra, y los tártaros de Crimea amenazaban á la Emperatriz, ésta y el Rey de Francia tuvieron por conveniente preferir el ser mediadores á obrar como auxiliares. Conviniéronse, pues, en un armisticio las dos potencias beligerantes, y se entabló la negociación de paz en Teschen. Rehusaba el Emperador prestarse á ninguna de las proposiciones que se le hacían, sobre lo cual estuvo para romper con su madre. Esta le envió al Gran Duque de Toscana, que había hecho venir de Italia á este fin, conociendo la influencia que tenía sobre el espíritu de su hermano. Le recibió S. M. I. con bastante frialdad; pero al



fin cedió á sus razones, y más aún á las instancias de su madre, y se firmó la paz el día 15 de Mayo. Por ella restituyó el Emperador una parte de lo que había tomado en Baviera, reservándose la que hay entre el Danubio y el Inn, la ciudad de Salzburg, que une el Tirol con la Austria superior, y las de Braunau y Schärding, siendo la Francia y la Rusia garantes del cumplimiento del Tratado.

Desembarazada ya la Francia del justo recelo que tenía la España de verla empeñada á un mismo tiempo en una guerra de mar y de tierra, pudo ya el Rey Carlos tomar decididamente su partido y dar en consecuencia sus órdenes positivas al Embajador, Marqués de Almodóvar, que se hallaba en Londres. Mandóle retirarse de aquella Corte luego que hubiese entregado el Manifiesto de la declaración de guerra, y lo ejecutó en 16 de Junio de 79.

El 23 de aquel mismo mes salió de Cádiz la escuadra española, á las órdenes del Teniente general D. Luis de Córdoba, compuesta de 33 navíos de línea, á los cuales debían unirse en la altura del Ferrol otros ocho, mandados por Don Juan de Arce. Hubo algún retardo en esta reunión por falta de inteligencia en las señales, á que dijeron haberse añadido otros motivos particulares y personales que se atribuyeron á dicho Arce; pero justificado éste, recayó la culpa

sobre el Mayor de la escuadra, Thomaseo, á quien se quitó este encargo, que desempeñó después con el mayor acierto y distinción mi amigo D. José Mazarredo, que se ha acreditado como un oficial del mayor mérito, no sólo en la escuadra española, sino en la combinada y en la enemiga.

No obstante el retardo, el 21 de Julio se reunió toda la escuadra española, compuesta de 40 navíos de línea, y el 23 se incorporaron 24 navíos de la escuadra de Córdoba á los 26 que tenía Orvilliers, quedando Córdoba con 16 en el cuerpo de reserva.

El día 6 de Agosto se hizo en Ouessant la reunión total de ambas escuadras, que se dividieron de este modo:

El cuerpo principal de la escuadra reunida constaba de 45 navíos de línea, á las órdenes del General Conde d'Orvilliers. Córdoba mandaba sus 16 navíos españoles, que formaban un cuerpo de observación, y Mr. de la Touche Treville otros cinco, que formaban una escuadra ligera. Orvilliers estaba en el centro, Guichen á la derecha y Gaston á la izquierda de la línea de batalla. Reinó constantemente la mayor armonía y buena inteligencia entre los oficiales y marinería, que parecían de una misma nación, y creo puede decirse no ha habido jamás dos escuadras más unidas. La permanencia de esta